

REINALDO ARENAS

“Otra vez el mar”

Por Marithelma Costa y Adelaida López

– **T**odo oficio humano exige ciertas virtudes de la persona que lo desempeña. ¿Qué requisitos piensas tú debe cumplir un escritor?

– Siempre he pensado que el escritor debe conocer un poco el dolor para comprender al ser humano, para compadecerlo. Nunca me ha gustado el escritor oficial y burócrata. Siempre he querido ser un personaje insignificante y anónimo en la muchedumbre, ser uno más. El hombre que escribe debe ser una persona más en la multitud, alguien que por algún desequilibrio

misterioso siente la necesidad de contar.

– Decía Nicanor Parra en uno de los poemas de los *Sermones del Cristo de Elqui* que la neurosis es solamente una concentración de energía psíquica, y que los grandes artistas han sido siempre neuróticos. ¿Crees que en el artista necesariamente hay un desequilibrio?

– Creo que sí. No se puede pensar que un artista pueda ser una persona reconciliada con el mundo o con la

sociedad. ¿Para qué iba a escribir entonces? Si estás reconciliado con todo, no tienes grandes inquietudes.

Hay que ver lo que significa encerrarte un domingo, sin que nadie te lo ordene, a escribir una novela, cuando hay tantas cosas que pueden hacerse que son tal vez mucho más agradables. Hay una especie de morbo, desde luego, de desequilibrio en el acto de escribir.

– *Celestino antes del alba* y *El mundo alucinante* son novelas experimentales donde aparecen pocos procedimientos de la

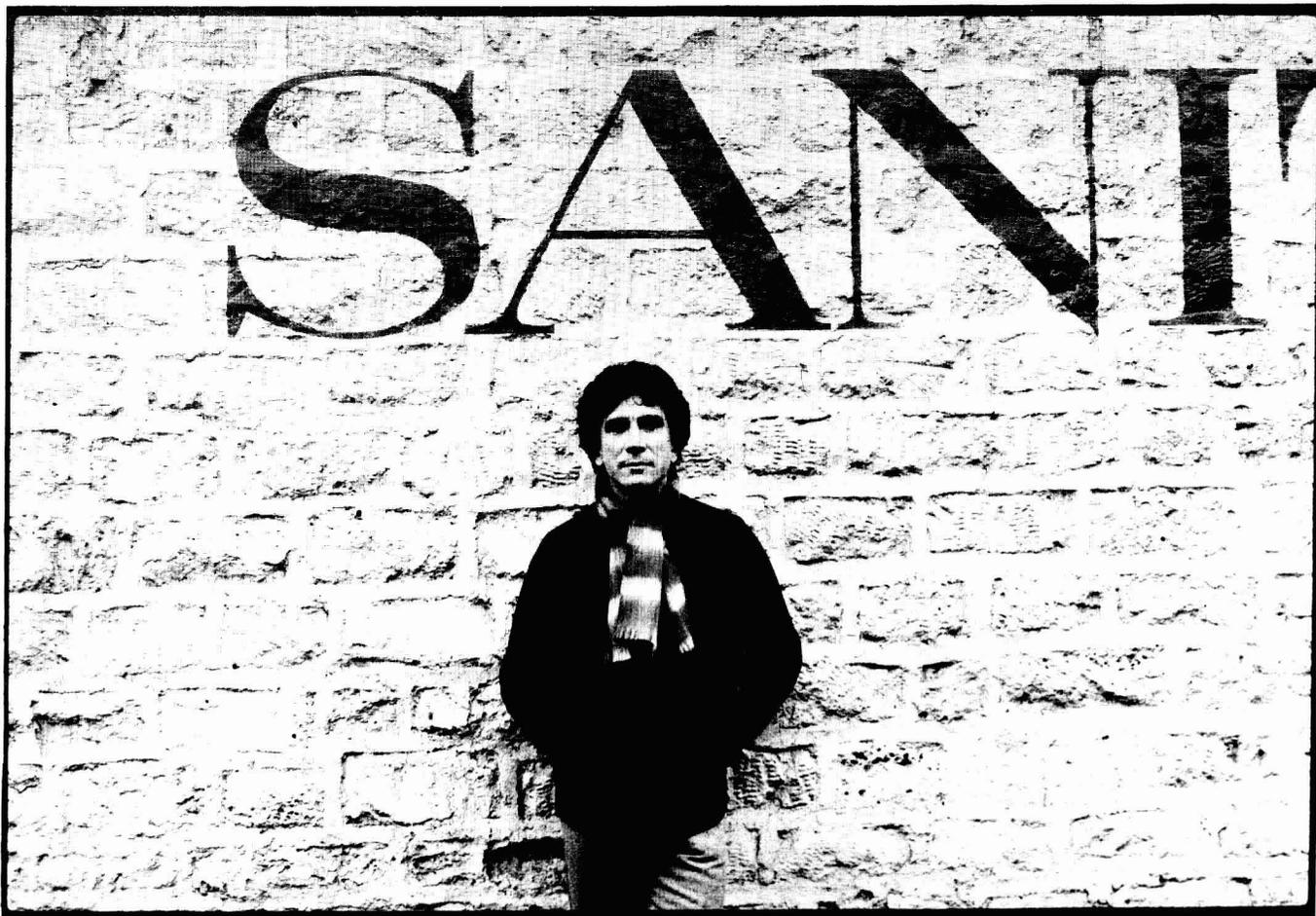


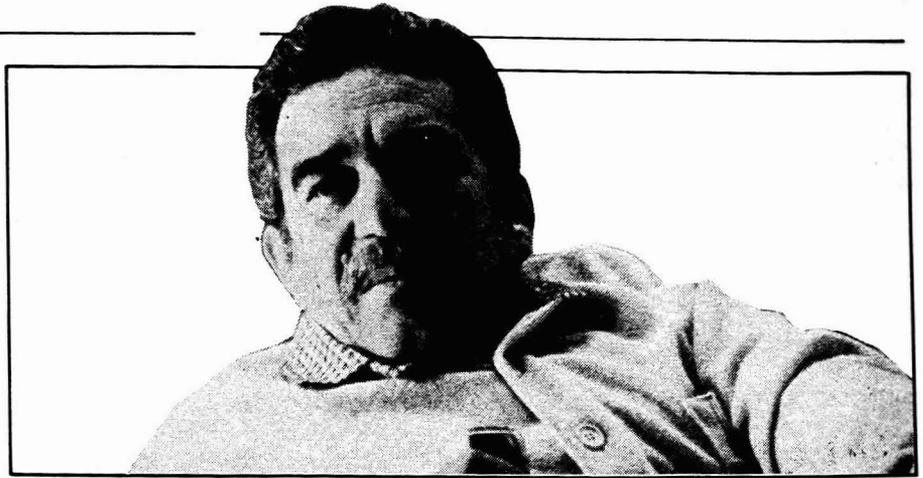
Foto: Jorge Carmeche

novelística tradicional. ¿Puedes hablarnos un poco de tu interés por lo experimental?

—De hecho, yo estoy por la experimentación. Creo que una novela contemporánea debe ser un experimento contemporáneo, y que las novelas de los siglos XVI ó XIX en sus tiempos fueron también experimentos. La forma está intrínsecamente ligada al contenido: si voy a escribir una novela actual, no puedo hacerlo en una forma que no sea la actual. No puedo tomar un tema decimonónico y desarrollarlo en forma decimonónica porque no viví en esa época ni pertenezco a ella.

—¿Ves una relación estrecha entre una época histórica determinada y las formas de escritura que surgen de ella?

—Me parece que nuestra manera de percibir el mundo es exclusiva a la época que nos tocó vivir. Ya no sentimos como sentía el hombre del siglo XVII ó XIX. Aunque yo me considero un vanguardista, ¿qué escritor no es vanguardista en su momento? No serlo le llevaría sencillamente a repetir estilos arcaicos. Por esto es que estoy en desacuerdo con un novelista tan reconocido y lleno de talento como Alejo Carpentier: cuando leo sus novelas, algo me suena a viejo, a



Gabriel García Márquez

Nuestra forma de percibir el mundo

obsoleto. Hay una forma arcaica, más propia de un escritor decimonónico. Carpentier indiscutiblemente maneja un gran lenguaje, elabora estructuras fantásticas, pero en el fondo sus narraciones son convencionales. Esto no sucede con escritores más experimentales como Rulfo, García Márquez, Fuentes, o Güimaraes Rosa. Inclusive si tomamos una novela como *La guaracha del Macho Camacho* de Luis Rafael Sánchez, también nos damos cuenta que su discurso es privativo de un momento cultural preciso.

—¿Qué obras te interesan de los escritores latinoamericanos que alcanzaron fama internacional durante la década de los 60?

—De Fuentes, *Aura*. De García Márquez, *El coronel no tiene quien le escriba*. Aunque quizás no sean las obras que los hicieron famosos, son las que más me gustan. Desde el punto de vista de la estructura y el discurso, *Cien años de soledad* es una novela tradicional. Es una obra muy bella, pero me parece que está escrita un poco para quedar bien con todo el mundo. Esto no sucede con un libro como *El coronel no tiene quien le escriba*, que tiene una estructura más ceñida, una expresión más rigurosa. Asimismo creo que *Aura* es lo más logrado de Carlos Fuentes. Otras obras tuyas me han parecido productos de un intelectual más que de un creador de ficción.

—Es probable que cada cultura y cada época histórica le presenta diferentes caminos y diferentes tentaciones al escritor. ¿Qué peligros

crees tú que acechan al escritor de nuestro siglo?

—Muchas veces el escritor depende económicamente de una máquina de escribir. Le pagan por lo que hace, por lo tanto existe el peligro de que se convierta en un producto comercial. En nuestra época el artista debe tener mucho cuidado. A mí me aterrorizan los escritores que sienten que tienen que escribir constantemente. Me parece que uno debe escribir cuando tiene deseos de hacerlo: yo escribo cuando tengo algo que decir, si no, muchas veces ni lo hago.

La novela es un género turbio

—¿Escribes poesía?

—Sí, tengo muchos poemas inéditos. El mundo editorial, por razones puramente de mercado, se interesa más por la novela, pero desde luego no menosprecio la poesía. Incluso creo que la manera más directa de conocer a un escritor es a través de sus poemas. Un poema es más íntimo que una novela. La novela da una visión colectiva de la realidad, y es o aspira a ser bastante más objetiva que el poema.

—Tú incorporas mecanismos poéticos dentro de tus novelas. ¿Te interesa la mezcla de distintos géneros literarios?

—Siempre he pensado que la novela es un género turbio, en el mejor sentido de la palabra. Para mí es el género por excelencia porque puedo hacer casi cualquier cosa en él. Ya Baroja dijo que la novela es como un saco: en un



Franz Kafka

momento dado puedes introducir en ella teatro, por ejemplo, sin alterar su discurso. En obras mías como *El palacio de las blanquísimas mofetas* y *Celestino antes del alba* hay situaciones que sólo podían resolverse a través de la tragedia, quiero decir, con mecanismos teatrales. Sin embargo, esto nunca sucedería a la inversa: en una obra de teatro no puedes introducir una novela, aunque sea corta, porque el teatro exige una serie de convenciones: diálogo, nudo, desenlace. Exige un desarrollo

puedes ir a comprar una máquina de afeitar que en vez de rasurarte, te saca un ojo. Sin embargo, no nos damos por vencidos, seguimos experimentando.

— En otra ocasión hablamos contigo del ámbito cultural que une a los diferentes países latinoamericanos. ¿Qué afinidades compartes con los escritores del Caribe, de la América Central y la América del Sur?

— En las islas del Caribe hay una



José Donoso

es exclusiva a la época que nos tocó vivir

dramático, mientras que en la novela eres más libre, el género te ofrece más posibilidades. En una novela puedes introducir cuentos, poemas, ensayos. Así sucede en mi novela, *Otra vez el mar*: el discurso narrativo se interrumpe y el personaje que estaba leyendo un libro se dedica a escribir un ensayo, y este ensayo se vuelve parte de la novela. Los novelistas siempre han utilizado procedimientos semejantes, de Cervantes a Tolstoi, y de Dostoievski a Thomas Mann, pero a nadie se le ocurre en un poema abundar sobre el libro que acaba de leer. La novela es el medio híbrido por excelencia.

— ¿A qué atribuyes tu necesidad constante de experimentación?

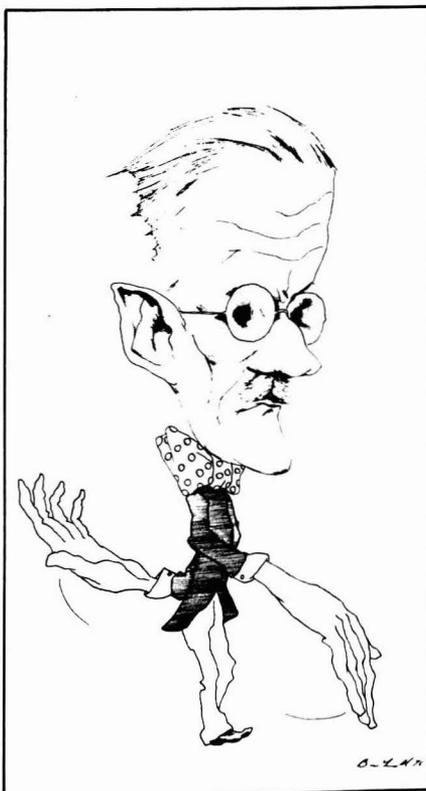
— A la insaciabilidad del ser humano. La incesante inconformidad me permite acercarme, a través del experimento, a algo que sé que nunca voy a obtener pero que de todas formas necesito. El ser humano se diferencia del resto de los animales en que es inconforme. Una araña teje su tela y no dice: "Ay, quiero cambiar de tela." Ahí la tenemos a través de los siglos tejiendo su tela. La humanidad está tocada por una incesante necesidad de cambio. Inconscientemente todos nos hacemos la misma pregunta: "¿qué es aquello, que nunca he tenido, que añoro y busco?" Hay algo que nunca hemos tenido pero que añoramos. ¿Qué es? Nadie lo sabe. Estamos tocados por un desequilibrio, por una inconformidad que se manifiesta a través de la experimentación, que puede tener, a veces, consecuencias terribles en el plano político o práctico. A veces

sensación de desarraigo, de desamparo y de intemperie que no existe en el continente americano. Esto es evidente en escritores cubanos y puertorriqueños, e incluso en aquellos escritores que no trabajan con el español pero que viven en islas, como Aimée Césaire. Los escritores del Caribe compartimos una manera de percibir el paisaje, una misma nostalgia. Nos hallamos a la intemperie, sometidos a todo tipo de conquistas: nos invaden las inculturas, los vientos, las épocas, la política. Una de las cosas que ha estructurado a Cuba ha sido la invasión sucesiva de diferentes culturas: la española, la

china, la negra, la norteamericana. En las Antillas, el flujo de diferentes pueblos ha creado una manera de ser, y un poema como *La isla en peso* de Virgilio Piñera tiene muchos puntos de contacto con *Retorno al país natal* de Aimée Césaire. No es que se copien, sino que sencillamente comparten la misma circunstancia. En ese sentido me siento muy ligado a la mayoría de los escritores insulares, escriban o no en español. Ahora, en el caso del continente, Faulkner probablemente ha influido más en mí que un escritor como Miguel Ángel Asturias. Aunque con Asturias comparto el idioma, Faulkner trabaja con algo que pertenece al ser humano en su totalidad y que me toca muy de cerca: la condición trágica del hombre. La dimensión trágica es un tema eterno que no tiene fronteras, mientras que la denuncia social, la recreación de costumbres o de paisaje son circunstancias que cambian de acuerdo con la nueva infamia que se apodera de la situación. Por otra parte, sí creo que éste es el siglo de la literatura latinoamericana. Escritores como Octavio Paz, José Donoso, Vargas Llosa, García Márquez, que haya existido un Lezama Lima, me parecen pruebas suficientes de que Latinoamérica se encuentra actualmente en un gran momento de florecimiento cultural. En la literatura latinoamericana de las últimas décadas aparece una erotización de la expresión y evidentemente esto nos marca a todos.

La literatura como una maldición

— Borges es uno de los grandes maestros literarios del siglo.



James Joyce



José Lezama Lima

única manera de ser escritor es abandonarnos al misterio de la creación. Hay que abandonarse a ese destino sin esperar ninguna recompensa, porque la mejor recompensa es la hoja en blanco que logras conquistar. Me parece que Borges introduce el sentido de la modestia en la literatura latinoamericana. El acto de crear es sencillamente el acto de crear; creas porque lo tienes que hacer, independientemente de los efectos que

nunca escribió porque sencillamente sería muy larga para él. Indiscutiblemente todos tenemos una deuda extraordinaria con Borges, y quizás premiar a García Márquez sea premiar a Borges.

–Acabas de decir que la devoción que tiene Borges por la literatura es ingenua. ¿Crees que son necesarias la ingenuidad y la inocencia en un creador de ficción?

La única manera de ser escritor es abandonarnos

¿Cuándo lo leiste por primera vez? ¿Reconoces tener alguna deuda con él?

–Uno ya ni menciona a Borges porque su obra es tan omnipresente que lo consideramos como de la familia. Es el escritor más significativo que hemos tenido en América Latina y es también uno de los más importantes de todos los tiempos. Tuve la suerte de leerlo cuando empecé a escribir, en mis primeros años en la Biblioteca Nacional, entre 1963 y 1965. Lo primero que leí no fueron sus cuentos, sino sus poemas. A veces la gente olvida que Borges es también un poeta. Borges ha enseñado a los jóvenes escritores cómo se debe y cómo no se debe narrar. Por lo menos así fue en mi caso. En este mundo de la desmesura, de la proliferación de teorías, Borges enseña un oficio. Leyéndole, se aprende una serie de astucias, de trucos que pertenecen a la literatura universal y que él ha asimilado. Además, Borges está amparado por una inmensa cultura, y lo más importante es que esa gran cultura humanística no lo obnubila, no lo indigesta. Ahí viene la diferencia entre un Borges y un Alejo Carpentier o un Lezama Lima. El primero utiliza la cultura para fluir, para transitar, no para detenerse. Esa es la lección que nos da Borges y es algo que todos los escritores debemos tener presente. Por otra parte, Borges es un hombre que sólo vive para la literatura y ésa es la única manera de poder hacerla. Si quieres escribir, debes tomar la literatura como una maldición; no es de ninguna manera una profesión más. En algún sitio Borges mismo escribe: la

conleve. Lezama Lima también decía que muchos escritores contemporáneos quieren disfrutar del efecto sin haber provocado la causa. La causa es sencillamente escribir. Esto debe ser lo más importante.

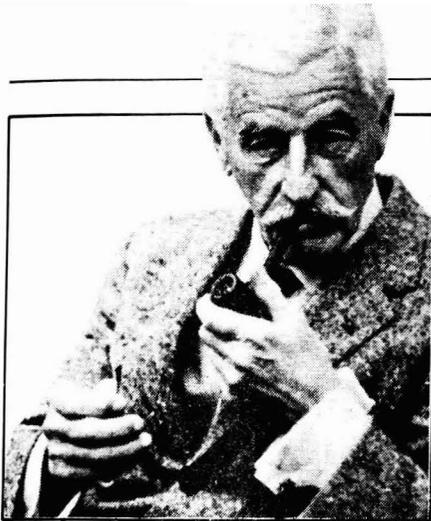
–Siempre se habla de la miopía de la Academia sueca que ha decidido no darle el Nobel a quien realmente más lo merecería. ¿Cuál es tu explicación del hecho irónico que Borges no ha recibido el premio Nobel de literatura?

–Desde luego, es una infamia, pero eso es la vida en general. Ya el propio Borges lo reconoció cuando escribió su *Historia universal de la infamia*. A la mayoría de las instituciones culturales, incluyendo al Nobel, nunca les ha interesado la literatura. Les interesa una política de la literatura, y esa política puede caer en un bando o en el otro. Siempre ha sido así. Hubo un Nobel de literatura para Churchill, lo cual es insólito, y no lo hubo para Virginia Woolf. Hubo uno para Echegaray, a quien nadie lee hoy en día, y no hubo para Azorín. Ni a Rilke, ni a Proust, ni a Tolstoi se lo dieron. Muchas veces los premios se convierten en lo que decía Lezama, efectos, sin que se hayan provocado las causas. El caso de Borges es mucho más abominable porque ha habido pocos casos en la historia de una devoción tan grande y tan ingenua por la literatura. Borges es el hombre que dedica toda su vida a la literatura, y su influencia en el siglo XX es fundamental. Cuando lees *Cien años de soledad*, te das cuenta que es una novela borgiana. Es la novela que Borges

–Seguro. Si no hubiera ingenuidad, uno no confiaría tanto en algo tan improbable, tan inseguro, tan peligroso, como es la palabra. ¿Qué te impulsa a seguir escribiendo cuando las recompensas son tan poco prácticas? Generalmente lo que escribes ni se lee, ni se publica. El escritor es como un niño que decide construir un castillo de arena aunque después venga alguien y ¡pum! se lo desbarate. Es ingenuo, pero se trata de una ingenuidad regocijante. Aquí radica la diferencia entre el intelectual y el escritor. El intelectual es aquel señor que lo conoce todo y aplica sus conocimientos a la materia dada. El escritor se dedica a su oficio no por razón sino por fe.



Virginia Woolf



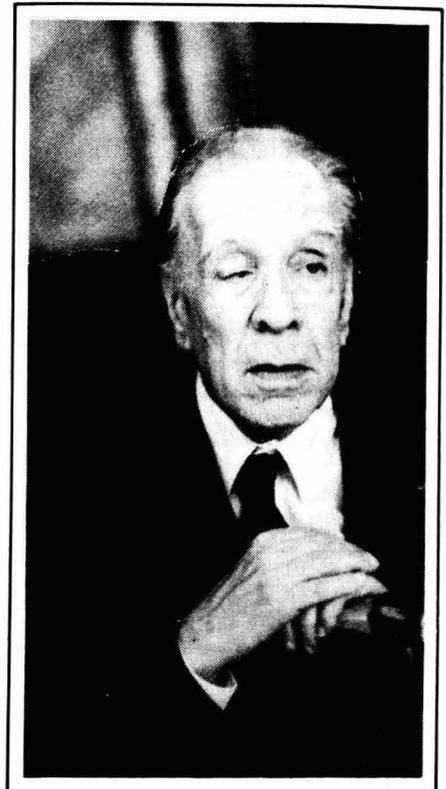
William Faulkner

Lazarillo de Tormes, y Quevedo me marcaron como escritor.

Joyce, Proust y Virginia Woolf

—¿Cuáles escritores del siglo XX te interesan?

—Virginia Woolf, en especial, hasta tengo su foto enmarcada en mi estudio. Es una escritora fundamental que supo dar a la novela un giro experimental extraordinario. En *Las olas*, *El cuarto de*



Jorge Luis Borges

—Tuve la suerte de llevar una vida casi borgiana en mi juventud pues trabajé en la Biblioteca Nacional. Allí leí mucho y descubrí a estos grandes escritores. También leí muchas cosas horribles, porque una biblioteca tiene de todo. En aquel trabajo también descubrí a Kafka. De él me atrajo no tanto la experimentación, sino su recreación de un mundo imaginativo y diabólico.

—¿Cómo entraste a trabajar en la Biblioteca Nacional? ¿Qué edad tenías?

—Aproximadamente 18 años. Afortunadamente, pasé de una granja de pollos, donde trabajaba de contador agrícola, a la biblioteca. Un día leí en un periódico que la Biblioteca Nacional necesitaba un narrador de cuentos infantiles. Para la entrevista, tenía que contar de memoria durante cinco minutos un cuento de algún autor conocido. Busqué el cuento de los cinco minutos, no lo pude encontrar y decidí escribirlo yo mismo. Creo que lo titulé *Los zapatos vacíos*. Al terminarlo fui inmediatamente a la biblioteca. Allí lo narré ante un jurado, y recuerdo que entre ellos había una señora que parpadeaba muchísimo. Al terminar, me preguntaron quién era el autor, les dije que yo mismo, y les di el manuscrito que llevaba en el bolsillo. Al

al misterio de la creación

—Ya en el siglo XIX un buen número de artistas vivía al margen de la sociedad. ¿Qué efecto crees que tiene la creciente marginación del artista sobre el proceso creativo?

—Diría que tiene un efecto positivo. Nunca me ha gustado el escritor que va a banquetes y a congresos. Eso me ha oído siempre a funeral. El escritor debe vivir más bien al margen, porque creo que la mejor manera de percibir el centro de una sociedad es colocarse al margen de ella. Si te sitúas en el centro, entre los aplausos y los grandes acontecimientos, ves sólo la realidad oficial. No ves la otra. Muchas veces el escritor latinoamericano ha sido una persona marginada por razones políticas. Nuestras sociedades siempre han estado controladas por la infamia y muchos escritores se colocan contra el poder establecido. Lo que sucede es que algunos piensan que están en contra de un gobierno represivo y terminan por defender otro igualmente autoritario. Es el caso del régimen cubano. Alguna gente piensa que como Castro está en contra de la dictadura de Pinochet, al respaldar a Castro se combate mejor la dictadura chilena. Yo creo que sencillamente los gobiernos totalitarios son un monstruo de diferentes rostros. Uno tiene que oponerse a cualquier sistema opresivo.

¿Qué autores clásicos te han marcado?

—Las obras del Siglo de Oro me impresionaron mucho. *El Quijote*, el

Jacob y en *El faro* hallamos una serie de experimentaciones formales y lingüísticas interesantísimas. Virginia Woolf, independientemente de que haya existido Joyce, revolucionó las estructuras de su época.

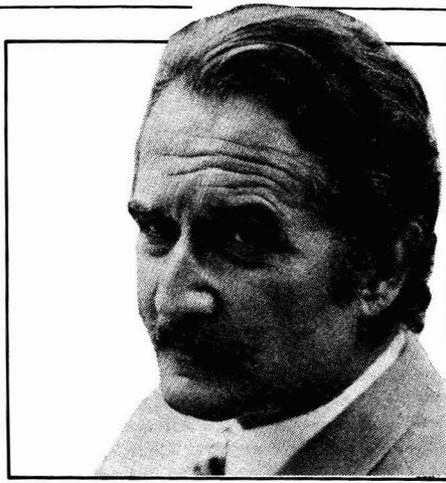
Veo a Virginia Woolf sobre todo como un poeta, mientras que Joyce me parece un hombre muy inteligente que se propuso elaborar una serie de estructuras narrativas pero que no logró insuflarles la belleza de la creación. Prefiero a Virginia Woolf porque sintetizó la poesía y la experimentación dentro de sus novelas. Joyce se caracteriza más por sus estructuras, por los aspectos lógicos y formales de la creación.

—¿Crees que Virginia Woolf fue uno de los primeros escritores que abiertamente introdujo el elemento poético en la prosa?

—Ella hizo de la novela moderna un género mucho más abierto y mucho más profundo. Hoy día puedes leer *Las olas* o *El faro* y no han perdido nada, mientras que ya las obras de Joyce nos parecen muchas veces aburridas. Se les nota la intención lógica desprovista de imaginación, falta la grandeza del vuelo poético. Además de Virginia Woolf, otro escritor fundamental para mí es Marcel Proust. Él renueva la novela a través de un discurso narrativo que reconstruye el tiempo en la memoria. Ya después de Proust seguirían Faulkner y Borges. Estos son los narradores del siglo XX que más me han marcado.

—¿Cuándo leíste a estos autores?

jurado le gustó mucho el cuento, que por cierto se me perdió, y a los dos o tres días se llamaron a trabajar. Una vez allí me enteré que aquella señora mayor que parpadeaba tanto era María Teresa Freyre de Andrade, la directora de la Biblioteca Nacional. Era una mujer sumamente culta. Había sido educada en Francia, y provenía de una tradición revolucionaria contra el dictador Machado. Ella me tomó mucho aprecio, creo que la deslumbró un poco un guajiro del campo que escribía cuentos: era yo. Los otros



Carlos Fuentes

Es más civilizado escribir un texto varias veces que dejarlo en la primera versión

miembros del jurado fueron Eliseo Diego, un poeta cubano muy importante, y el crítico Cintio Vitier. Cuando entré en la biblioteca, Eliseo Diego orientó un poco mis lecturas. El conocía muy bien la cultura inglesa, y recuerdo que me recomendó a Joyce y a Faulkner. Sin embargo, como estos funcionarios de la biblioteca eran un poco conservadores y católicos, hubo ciertas lecturas de las que nunca me hablaron. Así me sucedió con Proust y Virgilio Piñera. Después, hacia 1967, hice amistad con Lezama Lima, una amistad que duró hasta su muerte, y él me facilitó muchos libros. Lezama es indiscutiblemente el hombre más culto que he conocido, podía citar de memoria cuanto libro se había publicado en el mundo y tenía una de las bibliotecas más importantes de Cuba. Allí pude conocer autores que ya eran inaccesibles: solamente se podían conseguir en bibliotecas privadas o para consulta, en la Nacional, en un departamento que creo que se llamaba la *zona congelada*.

El escritor debe engavetarse

—¿Te interesa Maiakowski? ¿Cuándo lo leíste por primera vez?

—Fue uno de los primeros poetas que leí en Cuba. Era un autor cuyas obras circulaban mucho, pero que después desapareció misteriosamente. Me interesó sobre todo su visión futurista. Incluso escribí una gran cantidad de

poemas *maiakowskianos* que se perdieron.

—Parece que mucho material tuyo se ha perdido. ¿Cómo te sientes frente al recuerdo de toda aquella escritura irrecuperable?

—En el caso de *Otra vez el mar*, de unos cuentos que he reescrito aquí y de la cuarta novela de una pentagonía de novelas semiautobiográficas en que trabajo, siento una necesidad imperiosa de escribir el material perdido de nuevo. Otras cosas no las podría volver



Marcel Proust

a escribir porque las circunstancias y las furias que me poseen cuando escribo han cambiado. Por otra parte, la reescritura es siempre conveniente antes de hacer la última versión. Como diría Borges, es más civilizado escribir un texto por segunda o tercera vez que dejarlo en la primera versión. Así que no siempre siento nostalgia por los textos del pasado.

En este momento trabajo en la reescritura de *Cecilia Valdés*, la novela cubana del siglo XIX. Es un texto que no me pertenece pero que quiero cambiar. Como no me gusta el original escribo una versión que me convenza. Parto de un argumento dado, reelaboro la obra. La reescritura me ofrece un gran campo de experimentación formal. Es un proceso semejante al que seguí en *El mundo alucinante*.

—¿Nos podrías hablar un poco de la pentagonía que estás escribiendo?

—Se trata de cinco novelas en las que desarrollo la vida de un escritor a través de diferentes etapas. La primera novela es *Celestino antes del alba*. En ella desarrollo un mundo primitivo, campesino y fantasmagórico. Es un poco la novela de la infancia. En la segunda, *El palacio de las blanquísimas mofetas*, narro la etapa adolescente y revolucionaria del joven escritor. Me baso en mis experiencias en Holguín, la ciudad más grande de Oriente. En esa zona se desarrolló parte de la lucha contra Batista. La gente que vivía en La Habana ni siquiera se enteraba que había guerra, pero nosotros estábamos acechados por el ejército de una manera terrible. Durante varios meses no hubo luz eléctrica, ni comida, ni nada. La tercera novela es *Otra vez el mar*. En ella se narran las calamidades de un personaje que luchó contra la dictadura, que se incorporó al nuevo régimen y que ahora es un disidente que se dedica a cantar, de una manera furiosa, la nueva represión. Se desarrolla hacia 1969. La cuarta novela también la escribí en Cuba, pero la perdí y la estoy reescribiendo ahora. La quinta ya la escribí, la tengo guardada en una gaveta. La gaveta: otro paso importante que le recomiendo dar a todo escritor. Escribir y engavetar, y luego, un año o dos después, leer de nuevo (con "virginidad" implacable), como si "aquello" no nos perteneciera. Y entonces dictar el veredicto. ♦